

El estudio de los amuletos romanos: el caso de Galicia

EUSEBIO REY SEARA

Universidade de Santiago de Compostela

RESUMEN

Pretendemos explicar las dificultades generales y el interés del estudio de los amuletos romanos y exponer el resultado en cuanto a los amuletos fálicos en Galicia.

Palabras clave: amuleto, falo, *fascinum*, Roma, Galicia

ABSTRACT

We aim to explain the general difficulties and interesting issues surrounding the study of Roman amulets, presenting our findings with reference to phallic amulets of Galicia.

Keywords: amulet, phallus, *fascinum*, Rome, Galicia.

En el estudio del mundo clásico –y suponemos que en el de otros “mundos” también- hay ciertos temas que, por sus características, permiten al investigador abandonar su estrecha parcela de especialización e introducirse en los campos de materias afines con las que, normalmente, lleva una relación de cuando menos indiferencia. En casos especialmente afortunados, incluso le obliga. Se produce entonces un enriquecimiento sustancial tanto para el hombre como para el objeto de su estudio. O también puede ocurrir que éste quede abandonado totalmente, ya que ni unos ni otros lo consideran completamente suyo.

Durante el estudio de los amuletos romanos que estamos haciendo, hemos descubierto que este tema es un gran ejemplo del primer caso y un poco del segundo. Quisiéramos, por tanto, compartir esta experiencia en lo que valga para animar a efectuar otras investigaciones parecidas y al tiempo contextualizarla dentro de los problemas que en ellas puedan surgir.

Nos ha parecido también un tema adecuado para este volumen, ya que algunos de los amuletos estudiados son un curioso caso de objetos que podríamos considerar en un sentido amplio “sacros” en su época, o al menos relacionados con una cierta religiosidad,

mientras que la nuestra no sólo los consideró completamente “profanos”, sino incluso francamente indecentes.

EL ESTUDIO DE LOS AMULETOS ROMANOS

Hasta hace relativamente poco tiempo, los amuletos no eran reconocidos como tales ni como grupo homogéneo y, en general, ni siquiera se publicaban o se hacía de modo tan sumario que resultaba prácticamente inútil¹. Y, sin embargo, una pequeña introducción en el asunto nos dejaría ya ver que detrás de ellos hay un cuerpo de creencias bastante mayor de lo que se supone y mucho más organizado de lo que se suele pensar. Que un estudio más detenido de los amuletos nos proporcionaría una vasta información sobre gran número de aspectos, desde el no pequeño de la comprensión de muchos de nuestros hallazgos, hasta las cronologías de nuestros yacimientos, indicios o características peculiares de la romanización, particularidades o asimilación de las creencias, tecnologías, comercio, y un largo etc.

Si, guiados por esta idea, obviamos las consideraciones anteriores y nos decidimos por el estudio en cuestión, nos encontraremos ya con algunos problemas típicos de cualquier investigación: los derivados del ámbito a que ha de circunscribirse, tanto temporal como temático, y los relacionados con las fuentes que se han de utilizar.

Tratándose del ámbito, una primera cuestión es la propia definición de amuleto, que nos dará la extensión primaria que ha de alcanzar nuestro objeto de estudio. Podemos distinguir, hablando en términos muy generales, dos actitudes entre los estudiosos de la materia. Quienes hablan de los amuletos en general suelen utilizar, más o menos implícitamente, la definición actual, aludiendo a la Antigüedad, a lo sumo, para discutir sus probables etimologías. En nuestros días, se suele considerar amuleto cualquier objeto que tiene la virtud de alejar el mal. También es común hacer la distinción entre un poder que llamaríamos “pasivo” –el de prevenir el mal- y otro “activo” –el de atraer el bien, en diversas formas- que correspondería al talismán.

Los que estudian algún tipo concreto o algún texto determinado acostumbra a calificar a un objeto de amuleto según su relación o no con la magia, la religión o la medicina. Por ejemplo, para unos un objeto será un amuleto sólo si está dotado de una inscripción de carácter mágico a la que debe su poder; para otros, será justamente lo contrario. Un elemento de tipo religioso, la representación de una deidad, por ejemplo, según los casos y las opiniones, puede tener un valor “amulético” o ser una mera afirmación de fe². Un remedio puede curar debido a sus propiedades saludables, médicas, o a su valor significativo, mágico³.

1 La situación la explica perfectamente Morton Smith: “because they were little and of no beauty or apparent significance we may suppose that diggers often overlooked them, finders threw them away, dealers turned them down, museums left them in storage, and scholars gave them no attention.” En Smith, M., “Relations between magical papyri and magical gems”, *Actes du XVe Congrès International de Papyrologie*, Bruxelles – Louvain 1977, III, Bruxelles, 1979, p. 130 (= *Papyrologia Bruxellensia* 18).

2 Véase, por ejemplo, Henig, M., *A Corpus of Roman Engraved Gemstones from British Sites*, BAR 8, Oxford, 1974, pp. 27 y 89.

3 La distinción ya tenía su importancia para los antiguos y así San Agustín, por ejemplo, la utilizó para determinar si un cristiano podía o no llevar determinados objetos: *De doctrina christiana* II, XXIX, 45.

Esta confusión obedece, por un lado, a la fragmentación o especialización de los estudios y, por otro, al casi instintivo método de trasplantar categorías actuales a hechos del pasado sin pararse a comprobar su adecuación a los mismos.

Si conseguimos salirnos de estas trampas y nos volvemos hacia la Antigüedad en la forma más amplia posible, observaremos por ejemplo que el griego y el latín nos ofrecen más de cuarenta expresiones para designar un amuleto⁴. Unas veces debe su nombre a la forma o la materia, otras a una inscripción, la manera o el lugar donde se lleva o, incluso, su finalidad. Curiosamente, de todas estas variantes, “amuleto”⁵, la voz que ha pasado a designar estos objetos en la mayoría de las lenguas occidentales, no es precisamente la más común.

Por otro lado, esta palabra recubre una realidad más extensa y variada que su correspondiente moderna. No solamente se aplica a objetos, sino también a gestos, sustancias o remedios utilizados con fin profiláctico o curativo y a manipulaciones y operaciones realizadas con o sobre esos objetos con el mismo fin⁶.

La explicación de la virtud protectora de la mayoría de las operaciones o gestos mencionados pertenece al estudio de la magia. Por lo que sabemos, los amuletos pueden deber su virtud a un gran número de causas: prescripciones seguidas durante su fabricación; ceremonias de consagración; recitado de fórmulas para su confección o su uso; figuras o textos que se graban sobre ellos; inclusión en cadenas de simpatías o antipatías basadas en su materia prima, color, imágenes...; especulaciones zodiacales; los objetos que contienen; lo que representan; etc.

En cuanto a los objetos en sí mismos, su materia prima es también muy variada: todo tipo de sustancias del reino animal y vegetal; diversos soportes para escritos; objetos y receptáculos de metal, cuero, lana, tela, etc.; toda clase de minerales. No todos han debido ser igualmente comunes. Probablemente una mayoría serían perecederos: además de su carácter más económico y su mayor facilidad de producción más especializada sabemos, por ejemplo, que son los preferidos en los textos.

De lo anterior se derivan diversas consecuencias: muchas de las características que permiten reconocer a un amuleto como tal no dejan huella arqueológica; muchos de los objetos que sí se pueden reconocer por sí mismos como amuletos son igualmente perecederos; los que podrían dejar huella (dejando de lado la casualidad de su conservación o su descubrimiento) lo hacen en principio en función de su materia prima, con lo que su representatividad es relativa. Es curioso constatar que estas características producen la paradoja de que, aunque la definición moderna de amuleto es parcial y no cubre la totalidad del fenómeno, se adecúa bastante al tipo de restos que se nos conservan, haciendo la salvedad de que en la Antigüedad no se distingue entre amuleto y talismán como se acostumbra a hacer ahora.

Por otro lado, para abarcar en lo posible esa totalidad que nos falta será necesario usar todas las fuentes a nuestra disposición y no sólo las exclusivamente arqueológicas.

4 Véase, por ejemplo, Froehner, W., “Sur une amulette basilidienne inédite du musée Napoléon III”, *Bulletin de la Société des antiquaires de Normandie*, IV, 1866-67, p. 224.

5 Aparece por primera vez en Plinio: Labatut, E. s.v. “Amuletum”, en Daremberg-Saglio, *Dictionnaire des Antiquités* I,1, p. 252; Riess s.v. “Amulett”, en *RE* I,2 col. 1824.

6 Plinio, *Naturalis Historia*, XXV, 114 y 115; XXVIII, 38; XXIX, 66; XXIX, 83; XXX, 82; XXX, 138.

Las fuentes son prácticamente ilimitadas y de carácter diverso. Por poner un poco de orden, podemos dividir las en directas e indirectas y aún cada una de éstas en primarias y secundarias. Serían fuentes directas primarias los propios objetos conocidos como amuletos; las secundarias, reproducciones variadas procedentes del mundo del arte y de todo tipo en las que aparezcan los amuletos. Serían fuentes indirectas primarias los diversos textos como papiros, lapidarios, etc.⁷; relacionados con la magia; indirectas secundarias los testimonios relativos a estos temas extraídos de la literatura, tratados científicos y filosóficos, religiosos, médicos y en general todo lo que aluda a la vida cotidiana.

Cada tipo de fuente, además de su información, nos traerá sus propios inconvenientes. Por ejemplo, las representaciones artísticas podrían darnos datos muy útiles sobre la forma de llevar los amuletos, asociaciones, etc., y por tanto su uso y significado. Pero habrá que tener en cuenta no sólo posibles convencionalismos figurativos, sino que, por lo que sabemos, algunos tipos tenderán a estar sobrerrepresentados mientras que otros ni siquiera aparecerán. La difusión de determinados diseños en zonas donde no se utilicen hasta entonces, puede tanto lanzar una nueva moda como falsear nuestras conclusiones sobre distribución.

El problema con las colecciones y recetarios mágicos es que no conocemos con exactitud el ámbito de su uso ni su grado de generalización, ni sabemos tampoco hasta qué punto la recopilación que ha llegado a nosotros ha sido confeccionada con un criterio "profesional" de la magia o más o menos literario.

En el caso del material literario, el problema es precisamente este carácter, ya que en unas ocasiones nos encontraremos con descripciones fieles de una realidad y en otras la magia no será más que un motivo literario elaborado por el autor según sus propios intereses y su valor será más discutible.

En cuanto a las fuentes más directas, los propios amuletos, la mayor dificultad es el desconocimiento de que lo sean o, más aún, el escaso número de piezas a nuestra disposición de los reconocidos como tales. En la bibliografía española, por ejemplo, hace poco tiempo que se comienzan a publicar amuletos. Su ausencia no se debe a su falta de existencia. En algunos casos puede achacarse al simple desconocimiento o a la falta de interés por estos objetos; en otros, como veremos más adelante con el amuleto fálico, a su consideración, desde un punto de vista moderno, como obscenos o inapropiados, carácter que en modo alguno tuvieron en la Antigüedad.

Otra laguna en nuestro conocimiento es la planteada por la fabricación de los amuletos, de la que apenas sabemos nada. Debieron ser fabricados en su mayoría en talleres especializados. No es probable que se dedicaran sólo a esto y los pocos datos que tenemos abonan esta suposición. Generalmente se trata de una producción de no gran calidad, barata, fácil de hacer y posiblemente realizada en gran número. No sabemos si los artesanos utilizaban repertorios de instrucciones, al estilo de los papiros mágicos, pero

7 Por ejemplo los Papiros Mágicos Griegos. Véase Betz, H. D. (ed.), *The Greek Magical Papyri in Translation, Including the Demotic Spells*, Chicago, 1986. Hay también una traducción española: Calvo Martínez, J.L. y Sánchez Romero, M.D., *Textos de magia en papiros griegos*, Biblioteca Clásica Gredos 105, Madrid, 1987.

las diferencias entre éstos y las piezas de la época parecen indicar que en todo caso las adaptaban a sus posibilidades y a los condicionamientos del material o de los procesos de fabricación. No sabemos tampoco hasta qué punto estas hipotéticas instrucciones producirían una generalización de tipos o tradiciones, pero hay indicios de alguna forma de comunicación, quizá a través de los propios artesanos, moldes o, más verosíblemente, de los mismos amuletos. Un mayor conocimiento de los talleres de glíptica y metalistería, podría sin duda darnos algo de luz sobre estos temas.

Hay además disintonías entre las fuentes. Por ejemplo, tanto los papiros mágicos como las gemas antes llamadas “gnósticas” o “abraxas”, son más o menos contemporáneos y proceden de la misma zona. Sin embargo, en los papiros apenas hay referencias al uso de gemas, los dioses mencionados en unos y otras apenas coinciden en sus denominaciones y las figuras más comunes en las piedras son casi desconocidas en los textos. En este caso, ello puede deberse a tradiciones distintas y a las características de uno y otro soporte, el primero quizá más útil para transmitir una magia de carácter fundamentalmente verbal y el segundo visual o simbólica, pero nos advierte de la fragmentariedad de la información extraída de un solo tipo de fuente.

Por otro lado, tanto papiros como entalles testimonian el paso de una magia “nacional” o “indígena” a otra “internacional”, con una nueva generalización de conceptos, deidades y símbolos, cuya raíz no debe buscarse en el mundo estrictamente romano. Esto nos lleva al problema del ámbito espacio-temporal de nuestro estudio. Forzosamente hemos de considerar no sólo la magia y los amuletos exclusivamente romanos, sino también todas las tradiciones locales que confluirán para dar el nuevo estado de cosas. Además, en el propio campo de los amuletos los romanos son, naturalmente, herederos en gran parte de tradiciones anteriores presentes fundamentalmente en el marco mediterráneo. Todo esto nos llevará muy lejos tanto en tiempo como en espacio.

Queda aún otro problema, derivado de la propia definición de los objetos considerados como amuletos. Esta deja un campo demasiado grande a la “intención” del portador y es precisamente esto lo que no conoceremos casi nunca. Nada impide que un ornamento o un pequeño útil sea llevado por alguien con finalidad protectora o, viceversa, que un amuleto sea utilizado por su valor meramente decorativo. Mientras en el último caso sabremos que al menos el objeto tuvo en principio valor protector, nunca seremos conscientes del primero a menos que se nos diga explícitamente.

Una forma de acotar el campo de trabajo y de eliminar esta dificultad sería estudiar algunos tipos determinados y claramente identificados por nuestras fuentes como amuletos. Estos objetos serían elegidos entre los más conocidos en el mundo romano, por lo que formarían grupos suficientemente homogéneos y con una historia más larga y fácil de seguir, al tiempo que dispondríamos de mayor número de piezas, lo que facilitaría su estudio, comparaciones, etc. Por nuestra parte hemos comenzado ya el proceso con la bulla y la lúnula⁸ y desearíamos mostrar aquí un ejemplo referido a los amuletos fálicos, que presentan una problemática un tanto diferente a los dos mencionados.

8 Rey Seara, E., *Amuletos en la arqueología hispanorromana*, Tesis de licenciatura inédita, Santiago, 1986.

LOS AMULETOS FÁLICOS

Los colgantes fállicos son quizá las piezas más fácilmente reconocibles como amuletos romanos de todas las que guardan nuestros museos. Son también las menos conocidas por el público y las que más chocan con nuestra sensibilidad actual. Ambas cosas están relacionadas. Ante ellos se reacciona siempre, cuando menos, con una cierta perplejidad, al no identificar claramente su fundamento y al entrar en conflicto, todavía, con la visión más generalizada sobre el mundo antiguo.

Sin embargo responden fundamentalmente a una creencia muy antigua y extendida; tanto, que todavía es posible encontrarla hoy en gran parte del mundo: el *fascinum*; es decir, la fascinación o mal de ojo⁹. Consiste en la convicción de que hay seres que poseen el poder de causar influencias perniciosas en aquello que les rodea. Generalmente actúan impulsados por la envidia o a causa de características especiales que les son propias y lo hacen fundamentalmente a través de la mirada. Los resultados suelen ser la destrucción de todo lo vivo y, en resumen, la esterilidad.

Contra esto puede uno precaverse de diversos modos: lo primero, evitando la mirada envidiosa; pero, si ello no es posible, hay que tratar de desviarla mediante la visión de una imperfección, algo ridículo, obsceno o despreciativo. Más útil era, seguramente, asustar al ojo fascinador. Para todo ello hay los correspondientes objetos y diseños. Pero hay también remedios basados en la magia: todos los momentos de un acto están unidos en una misma cadena, de forma que podemos influir sobre el resultado actuando sobre cualquiera de los eslabones. Trabajando sobre una flecha, por ejemplo, podemos curar la herida que ha causado: luego el proyectil será la mejor medicina. En el caso del *fascinum*, será el propio ojo, lo que dará lugar también a varios tipos de representaciones.

Pero el amuleto fállico responde también a otro principio, según el cual si el mal de ojo provoca la esterilidad, lo mejor para luchar contra él será estimular todo lo contrario: la fertilidad. Y parece bastante comprensible que las representaciones sexuales son fuertes símbolos de fertilidad, de ahí la potencia protectora del fallo, órgano generador por excelencia¹⁰.

Los amuletos fállicos, como otras representaciones del mismo tipo, comenzaron a llegar al conocimiento del mundo moderno occidental a partir sobre todo del descubrimiento y excavación de Pompeya y Herculano, en la segunda mitad del siglo XVIII. Su difusión tiene mucho que ver con la historia del coleccionismo, que se halla en el comienzo de la arqueología moderna. Por desgracia, coincide también con la extensión de unas ideas que darán origen a lo que conoceremos después como "pensamiento victoriano", lo que lastrará pesadamente su estudio.

Así, si bien las primeras publicaciones o estudios podían contener una cierta extrañeza o incomodidad ante estos objetos, no dejaban de considerarlos en el conjunto de la civilización antigua. Muy pronto, sin embargo, y dentro del ambiente de la época, estas representaciones pasaron a considerarse, según los criterios vigentes, no sólo

9 Rey Seara, E., "Notas sobre la fascinación en la Antigüedad", *Gallaecia*, 11, 1989, pp. 229-238.

10 Hasta tal punto se le consideraba adecuado, que a veces se le llamó *fascinum*, como el mal que debía curar: Petronio, *Satyricon*, XCII.

“impropias”, sino incluso “obscenas”. Los coleccionistas o divulgadores fueron acremente criticados y sus obras terminaron publicándose en las editoriales dedicadas a la pornografía¹¹.

En cuanto a las propias piezas, las que no tuvieron más remedio que ser admitidas por su valor o circunstancias en los museos, pasaron a integrar lo que se conocería como “museos o gabinetes secretos”. En estas salas o almacenes, de existencia a veces desconocida, se acumularon los objetos cuya “indecencia” no permitía tenerlos a la vista del público no suficientemente formado. Las publicaciones en que aparecían estas piezas eran asimismo de acceso restringido y a menudo las descripciones se realizaban en latín¹². Generalmente, los objetos o representaciones no tenían en común, como en el resto del museo, la materia, la época o el tema; los ojos de los victorianos, tan cerrados para otras cosas, encontraron una nueva categoría clasificatoria: la obscenidad.

En cualquier caso, estas ideas tuvieron un notable éxito: las representaciones fálicas o sexuales desaparecieron de la vista. No sólo se dejó de lado un aspecto de las sociedades antiguas, sino que en los pocos estudios que se hicieron, la cuestión se acometió aisladamente, sin contacto alguno con el resto. Lo mismo ocurrió a las propias piezas, que no aparecían en catálogos o trabajos generales. Además, su pretendido carácter les concedió un cierto valor que no poseían, de forma que pasaron a ser codiciadas en los ambientes de coleccionistas y anticuarios a donde llegaban privadas de todo contexto. Aún hoy día es ahí donde son más fáciles de encontrar y en las mismas condiciones que en el siglo XIX.

Por otro lado, ningún romano habría pensado en un amuleto fálico como obsceno o incluso erótico. Un buen número de deidades clásicas relacionadas con la fertilidad tenían características o representaciones fálicas. El propio falo aparecía representado en multitud de lugares considerados especialmente necesitados de protección como puertas, murallas o puentes y en gran variedad de objetos¹³. Otras representaciones sexuales tenían carácter religioso o humorístico o simplemente describían una realidad cotidiana sin ningún ánimo excitante. Si había objetos con fin erótico, desde luego no eran éstos, pero la consideración de toda esta variedad bajo la etiqueta de “obscenidad” ha impedido hasta hace poco el estudio correcto de todos estos aspectos de la sociedad romana.

Y aunque la mentalidad que dio lugar a los museos secretos comenzó a declinar ya a principios del siglo XX, sus consecuencias duran en parte hasta ahora¹⁴, aunque sólo

11 Sobre el ambiente y las vicisitudes de algunos de estos “precursores”, Johns, C., *Sex or symbol: erotic images of Greece and Rome*, Londres, 1982, sobre todo las pp. 15-35. De la obra de uno de ellos, Richard Payne Knight, hay traducción española: *El culto a Príapo y sus relaciones con la teología mística de los antiguos*, Madrid, 1980.

12 Se suponía que una persona capaz de entenderlas tenía una edad, posición y formación que la ponían a salvo del contagio, si es que había alguna razón válida para que se acercara a ellas. No se crea, por otro lado, que estas costumbres pertenecen totalmente al pasado: nosotros mismos hemos tenido la ocasión, no hace muchos años, de ver a la venta una antología de cuentos egipcios en la que los pasajes “escabrosos” estaban traducidos al latín en medio de un texto en castellano.

13 Rey Seara, E., *op. cit.*, p. 238, n. 40. Un ejemplo gallego en el puente Bibeí en Durán, M., *Dos puentes romanos singulares de Gallaecia: el Ponte Freixo y el Ponte Bibeí*, <http://traianus.rediris.es/>.

14 El celeberrimo “Gabinete Secreto” del Museo de Nápoles, que estuvo abierto al público por última vez entre 1961 y 1971 para ser cerrado luego por reformas, ha abierto recientemente sus puertas (*El País*, 16-4-2000, p. 32). La expectación que ha levantado la noticia en la prensa parece significativa.

sea en los recelos que aún levantan estos temas, en el retraso de los correspondientes estudios o en la ausencia de amuletos en las exposiciones de muchos de nuestros museos.

Esta última ha sido la situación en España hasta hace unos veinte años, ahora felizmente corregida, mientras que en Galicia probablemente nos hemos ahorrado la fase anterior, seguramente porque el desarrollo de nuestros museos y de la investigación arqueológica ha sido lo suficientemente tardío como para ocurrir ya durante el reinado de nuevas ideas o, a lo sumo, de un olvido del tema menos beligerante. Por otro lado, la gran cantidad de trabajo por realizar en temas más locales ha dejado de lado aquellos que, como el nuestro, precisan de referencias más amplias. Las características de la romanización gallega han hecho además que la cantidad de algunos materiales, como los bronce, sea ciertamente escasa. De hecho, de entre los tipos de amuletos claramente identificados de que hablábamos más arriba, los únicos conocidos y ahora estudiados son los amuletos fálicos a que nos referiremos a continuación¹⁵.

AMULETOS FÁLICOS EN GALICIA

1.- Amuleto fálico simple de perfil (Fig.1), en bulto redondo, formado por una pequeña barrita de sección más o menos cilíndrica curvada hacia arriba. A ambos lados del extremo posterior, pero nítidamente separados de él, dos testículos formados por pequeñas esferillas facetadas. En el extremo anterior, glándula poco realista separado por una muesca en la cara superior. Anilla de suspensión gruesa y grande hecha toscamente mediante otra barrita enrollada sobre sí misma y soldada al falo en su zona central.



Es de bronce y tiene pátina cobriza con puntos verdes. Está depositado en el Museo Provincial de Lugo. En la clasificación propuesta por Rolland correspondería al tipo 2º, en la de Galve al tipo A, en la de Zarzalejos al B1, en la de del Hoyo y Vázquez Hoys al 2¹⁶.

15 Aprovechamos para agradecer al personal del Museo Provincial de Lugo, el Museo Arqueológico e Histórico Castelo de San Antón de A Coruña y el Museo Arqueológico Provincial de Ourense las facilidades para el estudio de estas piezas y a Xulio Rodríguez, además, por los datos de la excavación de Santomé.

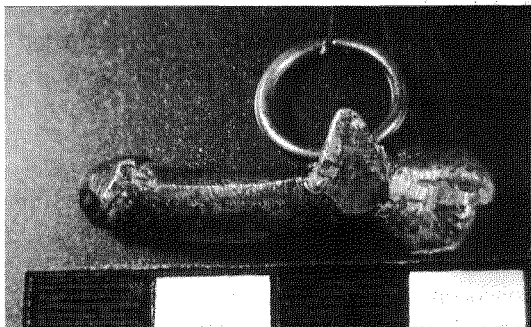
16 Rolland, H., *Bronzes antiques de Haute-Provence. XVIIIe Supplément à Gallia*, Paris, 1965, p. 176; Galve Izquierdo, M.P., "El amuleto fálico con cabeza de toro de Varea (Rioja)", *Caesaraugusta*, 57-58, 1983, p. 114; Zarzalejos, M., et al. "Amuletos fálicos romanos inéditos de las provincias de Madrid y Toledo", *CuPAUAM*, 15, 1988, p. 312; Hoyo Calleja, J. del, y Vázquez Hoys, A.M., "Ensayo de sistematización

Longitud: 3,2 cm. Altura: 2,8 cm. Grosor: 1,45 cm.

Su procedencia es desconocida.

Bibliografía: Rey Seara, E., “Dos amuletos romanos del Museo Provincial de Lugo”, XXII *CNA*, (Vigo, 1993), Vol. II, Vigo, 1995, pp. 273-277¹⁷.

2.- Amuleto fálico simple de perfil (Fig. 2), en bulto redondo, formado por una pequeña barrita de sección más o menos cilíndrica y muy ligeramente curvada hacia arriba. En la parte inferior del extremo posterior, bajo la barra y un poco adelantados hacia la punta, dos testículos separados por una muesca. En el extremo anterior, glande troncocónico muy marcado y realista. En la cara inferior, entre

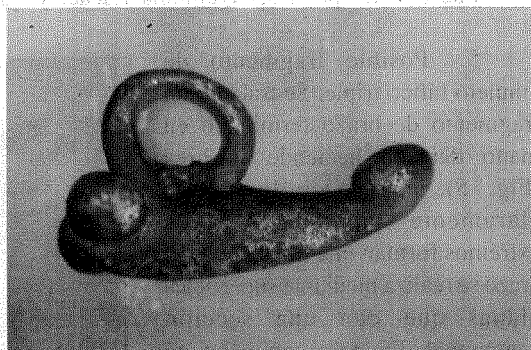


ambos extremos, el cilindro se apunta ligeramente. En el tercio posterior, por delante de los testículos pero en la parte superior, una pequeña ala a cada lado. Anilla de suspensión, de perfecta circunferencia, que pasa por un orificio hecho en sentido perpendicular al falo y situado en su tercio posterior. De bronce, tiene huellas claras de retoque, sobre todo en el glande donde se marcan hasta siete caras planas, en lados, alas y parte posterior. Pátina bronceína con zonas verdosas. Muy bien conservado. Está depositado en el Museo Provincial de Lugo. Pertenería a los tipos 2º, A, B2 o 2 respectivamente.

Longitud: 3,3 cm. Altura: 1,9 cm. Grosor: 0,83 cm.

Fue donado por José Villaamil y Castro y procede quizá de la parte oriental de Galicia, limítrofe con Asturias.

Bibliografía: Carré, L., “Un falo alado en el Museo Provincial de Lugo”, *Boletín de la Real Academia Gallega*, XXIV, 1945, pp. 464-483; Rey Seara, E., “Dos amuletos romanos del Museo Provincial de Lugo”, XXII *CNA*, (Vigo, 1993), Vol. II, Vigo, 1995, pp. 273-277.



3.- Amuleto fálico simple de perfil (Fig. 3), en bulto redondo, formado por una barrita de sección aplastada curvada ligeramente hacia arriba en la parte anterior, donde se encuentra el glande, cónico y separado por una escotadura. En la

tipológica de amuletos fálicos en Hispania” en Alvar, J. *et al.* (dir.), *Sexo, muerte y religión en el Mundo Clásico*, Arys 6, Madrid, 1994, pp. 235-259.

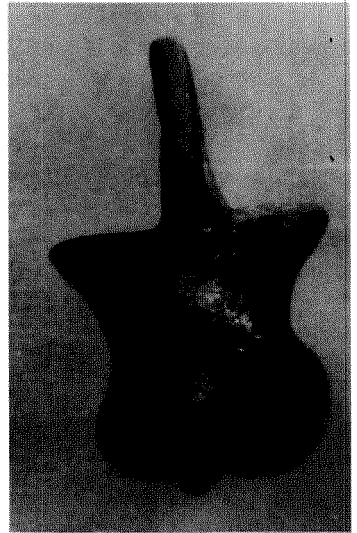
17 Las láminas I y II de este artículo están intercambiadas.

parte posterior, a ambos lados de la zona aplastada, dos pequeñas esferillas no simétricas a modo de testículos. Anilla de suspensión soldada hacia el tercio posterior. De bronce, tiene pequeños orificios, como de burbujas, en la parte inferior de esta misma zona. Pátina gris y algunos puntos rojizos en la zona de los testículos. Está depositado en el Museo Arqueológico e Histórico Castelo de San Antón (A Coruña). Pertencería a los tipos 2º, A, B1 o 2.

Longitud: 3 cm. Altura: 1,77 cm. Grosor: 1,2 cm.

Comprado en el mercado de antigüedades, procede quizá de la zona de Villafranca del Bierzo (León).

4.- Amuleto fálico simple, frontal (Fig. 4), formado por dos triángulos opuestos por los vértices, el inferior redondeado formando los testículos. En el centro, falo inclinado hacia abajo, de sección troncocónica, con glande cónico separado por un surco. Anilla de suspensión perpendicular al cuerpo y soldada a éste. De bronce. Huellas de retoque, sobre todo por la cara posterior donde la superficie está alisada. Parece tratarse de un limado transversal (diagonal desde la parte superior izquierda a la inferior derecha). Por la parte anterior los retoques, pequeños surcos convergentes en la parte izquierda y hacia abajo en la derecha, se sitúan en la zona sobre el falo, quizá queriendo representar el vello púbico. Pátina verde oscuro con zonas verde claro y algunos puntos rojos. Está depositado en el Museo Arqueológico e Histórico Castelo de San Antón (A Coruña). Pertencería a los tipos 1º, A, A1 o 1.



Longitud: 2,45 cm. Altura: 3,84 cm. Grosor: 2,2 cm.

Fue donado por Luis Quintana Lacaci y quizá proceda de Armeá (Ourense)¹⁸.

5.- Posible fragmento de amuleto fálico triple. Se trata de un fragmento de brazo terminado en mano derecha haciendo la higa (Fig. 5), con todos los dedos claramente marcados, cuyos extremos forman una línea recta. El brazo se realiza mediante superficies planas que dan una sección pentagonal. Fractura con pequeño rebaje en chaflán por abajo, como si



18 Sobre Armeá puede verse García Martínez, M.C., s.v. "Armeá", *GEG* II, pp. 190-191.

estuviera hecha por piezas y luego unida al resto del colgante. De bronce. Huellas de lima en la parte superior del brazo, perpendiculares a éste. Pátina verde con zonas color bronce. Muy buen estado de conservación. Fue restaurado. Está depositado en el Museo Arqueológico Provincial de Ourense. Pertencería a los tipos 4º, B, A2 o 4.

Longitud: 5,2 cm. Altura: 1,9 cm. Grosor: 1 cm.

Procede de las excavaciones de 1987 en la villa romana de Santomé (San Bernardo de Tibiás, Ourense)¹⁹.

Según el excavador, por la zona en que apareció su cronología podría ser del siglo I²⁰.

Bibliografía: Rodríguez González, X., *O conxunto arqueolóxico-natural de Santomé. Guía arqueolóxica*. Ourense, 200, p. 78.

Como vemos, las piezas 4 y 5 serían del tipo “frontal”, mientras que la 1, 2 y 3 estarían representadas “de perfil”. Dejando de lado la número 2, ciertamente especial, la 1 y la 3, a pesar de sus diferencias formales, claramente podrían pertenecer a un mismo tipo caracterizado por ser un amuleto “de perfil”, de tamaño medio, proporcionado, de ligera curvatura hacia arriba, con glande redondeado más o menos diferenciado, testículos realizados mediante esferillas separadas del cuerpo y anilla soldada en posición más o menos central.

Como suele ocurrir, no hemos encontrado ningún paralelo exactamente igual, aunque varias piezas participan de algunos de los rasgos. Así, una de Mariemont²¹, una de Lyon²², una de Heddernheim²³ y una de Tarragona²⁴, son algo más semejantes a nuestra número 1 y una de Apt²⁵, una de Besançon²⁶, otra de Tarragona²⁷, y una de Singilia Barba (Antequera)²⁸ más cercanas a la 3, siendo todas cercanas entre sí.

19 Sobre Santomé: Rodríguez González, X., “Lucernas romanas de Santomé (Ourense)”, *BAur*, XVIII-XIX, 1988-89, pp. 31-43; Rodríguez González, X., y Peralta Bejarano, I., “A propósito de la cerámica de paredes finas y la romanización de Galicia”, *BAur*, XX-XXI, 1990-91, pp. 255-276; Rodríguez González, X., “Peculiar sistema de calefacción doméstica en el yacimiento romano de Santomé (Ourense)”, *EMP*, XLV, 1991, pp. 121-133; Rodríguez González, X., “Contribución al conocimiento de la cerámica pintada altoimperial en Galicia. Cerámica “Tipo Clunia” de Santomé (Ourense)” en Acuña, F. (coord.), *Finis Terrae. Estudios en lembranza do Prof. Dr. Alberto Balil*, Santiago, 1992, pp. 297-314; Rodríguez González, X., Xusto Rodríguez, M., “Aproximación al conocimiento del vidrio romano en el conjunto arqueológico de Santomé (Santomé, Tibiás, Ourense)”, *BAur*, XXIV, 1994, pp. 45-93; Cavada Nieto, M., Rodríguez González, X., Varela Barrio, C., “La circulación monetaria en el conjunto arqueológico de Santomé (Ourense), siglos I al V d.C.”, *BAur*, XVII, 1997, pp. 51-106; Fernández Rodríguez, C. y Rodríguez González, X., “Análisis de los restos faunísticos del conjunto arqueológico de Santomé (Ourense)”, *BAur*, XXIX, 1999, pp. 23-38; Rodríguez González, X., *O conxunto arqueolóxico-natural de Santomé. Guía arqueolóxica*, Ourense, 2000.

20 Comunicación personal al autor.

21 Faider-Feytmans, G., *Les antiquités égyptiennes, grecques, étrusques, romaines et gallo-romaines du Musée de Mariemont*, Bruxelles, 1952, F. 35, Pl. 62; *Les bronzes romains de Belgique*, Mainz, 1979, p. 160, n° 311, Pl. 117.

22 Boucher, S., *Bronzes romains figurés du Musée des Beaux-Arts de Lyon*, Lyon, 1973, p. 179, n° 317.

23 Kohlert-Németh, M., *Römische Bronzen aus Nida-Heddernheim, Archäologische Reihe 11*, Frankfurt, 1988, p. 67, 4.

24 Serra Vilaró, J., “Excavaciones en la necrópolis romano-cristiana de Tarragona”, *MJSEA*, 104, 1928, p. 128, lám. LXV,4.

25 Rolland, H., *Bronzes antiques de Haute Provence, XVIIIe Supplément à Gallia*, Paris, 1965, p. 178, n° 425.

El tipo de la número 2 podría caracterizarse como un amuleto de perfil, de tamaño medio, recto, con glande troncocónico diferenciado, testículos diferenciados no separados, anilla independiente retrasada perfectamente circular y alas.

Se diría que con características tan marcadas sería casi imposible hallar paralelos reales. Sin embargo, conocemos un colgante prácticamente igual, incluso en sus medidas, depositado en el Museo Arqueológico Nacional, aunque sin ningún dato²⁹. Muy parecidos son uno del museo de Mariemont³⁰ y otro de Besançon³¹, si bien con alas más desarrolladas, naturalistas y decoradas, testículos más alargados y alguna curvatura. A la interpretación de las alas y su relación con el valor protector de la pieza nos hemos referido ya en otra parte³².

El número 4 es un amuleto frontal, de cuerpo bitriangular redondeado, falo central troncocónico, glande diferenciado y anilla perpendicular soldada.

Muy semejantes son un ejemplar del Museo Arqueológico de Tarragona³³, si bien algo más grande, y otro procedente de Castillo (Lezuza, Albacete)³⁴, bastante más pequeño. La mayoría de los ejemplares representan el vello púbico, fundamentalmente mediante diversos diseños más o menos geométricos realizados por incisión³⁵ o algún tipo de relieve³⁶, aunque también los hay lisos³⁷. El nuestro estaría más cerca de estos últimos.

El fragmento número 5 debió pertenecer a un amuleto que combinaba el falo y la higa, ya que ésta no aparece sola en época romana. Como se sabe, la higa es un gesto que se realiza introduciendo el pulgar entre los dedos índice y medio y que se supone tiene un sentido sexual. Tradicionalmente tiene un significado protector y de desprecio. Es conocido desde el mundo egipcio y fue común en el fenicio en la forma de mano

-
- 26 Lebel, P., *Catalogue des Collections archéologiques de Besançon V. Les bronzes figurés, Annales littéraires de l'Université de Besançon* 26, Paris, 1961, n° 153, pl. LXI,4.
- 27 Serra Vilaró, J., "Excavaciones en Tarragona", *MJSEA*, 116, 1930, p. 39, lám. XXVII,3,16.
- 28 Serrano Ramos, E. *et al.*, "Informe de las excavaciones arqueológicas realizadas en la ciudad romana de "Singilia Barba" (Antequera) en la campaña de 1989", *Anuario Arqueológico de Andalucía/1989 II. Actividades Sistemáticas*, p. 273, fig. 4.
- 29 Quizá el mencionado por J.D. de la Rada y Delgado: *Catálogo del Museo Arqueológico Nacional*, Madrid, 1883, p. 235, n° 3037.
- 30 Faider-Feytmans, G., *op. cit.*, p. 176, F. 36, Pl. 62.
- 31 Lebel, P., *op. cit.*, n° 152, pl. LXI,3.
- 32 Rey Seara, E., "Dos amuletos romanos del Museo Provincial de Lugo", *XXII CNA*, (Vigo, 1993), Vol. II, Vigo, 1995, pp. 274-275.
- 33 *Los bronzes romanos en España*, Madrid, 1990, p. 248, n° 161. No sabemos si será el mismo publicado ya por Serra Vilaró, J., "Excavaciones en la necrópolis romano-cristiana de Tarragona", *MJSEA*, 93, 1927, p. 42, lám. XXXV,4, n° 4.
- 34 Abascal Palazón, J.M., y Sanz Gamó, R., *Bronces antiguos del Museo de Albacete*, Albacete, 1993, p. 26, n° 15.
- 35 Los más comunes, por ejemplo, Rolland, H., *op. cit.*, p. 177, n° 416 y 417; Oggiano-Bitar, H., *Bronzes figurés antiques des Bouches-du-Rhône, XLIIIe Supplément à Gallia*, Paris, 1984, p. 122, n° 265; Menzel, H., *Die römischen Bronzen aus Deutschland II. Trier, Mainz*, 1966, p. 86, n° 209, abb. 38; Kauffmann-Heinmann, A., *Die römischen Bronzen der Schweiz I. Augst und das Gebiet der Colonia Augusta Raurica*, Mainz, 1977, p. 162, n° 292, taf. 179.
- 36 Fayder-Feytmans, G., *Les bronzes romains de Belgique*, Mainz, 1979, p. 160, n° 313, Pl. 117; Lebel, P., *op. cit.*, n° 150, pl. LXI,1.
- 37 Kohlert-Németh, M., *op. cit.*, p. 67, 1.

que perdura hasta la actualidad. Se usa todavía contra el mal de ojo en gran parte del mundo y en España ha sido más popular de lo que se suele pensar³⁸. La combinación de ambos diseños aumenta el poder del amuleto.

Los colgantes de este tipo son variados. Los más simples son en bulto redondo o “de perfil”, sin³⁹ o con testículos⁴⁰, pero los más comunes son los frontales. Generalmente son triples y consisten en un falo central, raramente en erección⁴¹, representado con testículos, de cuyos lados salen otro falo y un brazo terminado en una mano haciendo la higa. En algunos casos estos dos elementos se dirigen hacia abajo⁴². Otras veces, por debajo de este amuleto triple otros dos falos se dirigen hacia abajo⁴³ tomando a veces la forma de una lúnula⁴⁴ y sumando así el valor apotropaico de este otro amuleto. Unas y otras piezas llevan en ocasiones anillas en los extremos para algún colgante, quizá campanillas o crecientes⁴⁵.

En cuanto a los triples más comunes, la mano que hace la higa es indistintamente la derecha o la izquierda⁴⁶. Generalmente se coloca como en nuestro ejemplar, mostrando la parte interior del puño cerrado, pero hay también ejemplos en que aparece de lado⁴⁷. El falo central admite todas las variantes de decoración y forma que podemos ver también en los colgantes frontales simples, como nuestro número 4, pero es bastante común una especial a base de pliegues triangulares muy angulosos que se supone la estilización de una túnica, concretamente la *manicata*⁴⁸. Sobre el falo central, o en vez de él, aparece a veces una cabeza de toro⁴⁹.

Aunque debido a su estado fragmentario no podamos buscar paralelos para nuestro número 5, su forma y la mayoría de los ejemplos indicarían que debió pertenecer a un amuleto frontal triple, de buena calidad y de gran tamaño, sin que podamos precisar más. Por lo que respecta al tamaño, si suponemos para el otro brazo de la pieza una medida semejante al fragmento conservado, este amuleto sería uno de los mayores de este tipo

38 Véase, por ejemplo, Horcajo Palomero, N., “Amuletos y talismanes en el retrato del Príncipe Felipe Próspero de Velázquez”, *Archivo Español de Arte*, 288, 1999, pp. 521-530.

39 Callu, J.P. et al., *Thamusida I*, Paris, 1965, p. 232, lám. CXLIV,4 y 5.

40 Kohlert-Németh, M., *op. cit.*, p. 67, 2.

41 Rolland, H., *op. cit.*, pp. 180 y 181, n° 436.

42 Kauffmann-Heinimann, A., *op. cit.*, p. 161, n° 291, taf. 179.

43 Hübner, W., “Die römischen Metallfunde von Augsburg-Oberhausen. Ein Katalog”, *Materialhefte zur bayerischen Vorgeschichte*, 28, 1973, p. 42, Taf. 14,3.

44 Hübner, W., *op. cit.*, p. 42, Taf. 14,10; Steiger, R. et al., *Augst, Insula 31, Forschungen in Augst* 1, Augst, 1977, p. 218, Abb. 92, 12.

45 Tombolani, M., *Bronzi figurati etruschi, italici, paleoveneti e romani del Museo Provinciale di Torcello*, Roma, 1981, pp. 98 y 99, n° 78 y 79; Zadoks-Josephus Jitta, A.N. et al., *Description of the Collections in the Rijksmuseum G. M. Kam at Nijmegen VII. The Figural Bronzes*, Nijmegen, 1973, pp. 52 y 53, n° 79.

46 Por poner un solo ejemplo, véanse los representados en Tombolani, M., *op. cit.*, pp. 98 y 99.

47 Kohlert-Németh, M., *op. cit.*, p. 68, 1, 2 y 3.

48 Zadoks-Josephus Jitta, A.N., *op. cit.*, p. 52, n° 77 y 78, p. 55, n° 85; Barrera Antón, J.L. de la y Velázquez Jiménez, A., “Amuletos romanos de Mérida”, *Homenaje a Samuel de los Santos*, Albacete, 1988, p. 211, fig. 1,1.

49 Galve Izquierdo, M.P., *op. cit.*, pp. 116 y 119, láms. I y II.

publicados en España⁵⁰ y eso que las piezas triples suelen ser ya más grandes que las simples. Habría que pensar, por tanto, que estarían destinadas a ser llevadas por animales más que por seres humanos.

Concluyendo, vemos que el panorama en cuanto a los amuletos fálicos en Galicia es más o menos el habitual en estos estudios. Disponemos de un pequeño número de piezas que provienen en su mayoría de donaciones o del mercado de antigüedades, con lo que su procedencia, cuando se sabe, no puede ser sino aproximada. Aunque los lugares conocidos pertenecen todos a lo que fue la *Gallaecia* romana, hay que tener en cuenta que se suele suponer que los pequeños bronce gallegos son importaciones foráneas. Sí sería interesante de todos modos conocer el lugar exacto de los hallazgos para saber, por ejemplo, si aparecen en yacimientos más o menos romanizados y por tanto de la posible penetración de este tipo de ideas. En relación con esto puede observarse que la única pieza que dispone de contexto y datación arqueológica puede tener una fecha bastante temprana.

Los tipos representados también son de los más comunes en el resto del Imperio, dando una buena panorámica de estos objetos. La falta de cronologías y otros datos son asimismo habituales. La solución, como en el resto del mundo romano, estará en la aparición y publicación de más piezas provistas de contexto y que podamos datar. Sólo así podremos extraer de los amuletos el caudal de conocimientos que nos pueden procurar.

50 De aquellos cuyas medidas nos constan. Véase Abascal Palazón, J.M., y Sanz Gamio, R., *op. cit.*, p. 26, nº 14; Barrera Antón, J.L. de la y Velázquez Jiménez, A., *ibidem*; Galve Izquierdo, M.P., *op. cit.*, p. 111; Lillo Carpio, P.A., *El poblamiento ibérico en Murcia*, Murcia, 1981, p. 276, lám. BOL.-XIII-2; Navarro Suárez, F.J., "Simbolismo y aculturación: los amuletos fálicos de bronce del Museo Arqueológico de Murcia", *Verdolay*, 4, 1992, p. 108, figs. 1 y 2; Serra Vilaró, J., "Excavaciones en la necrópolis romano-cristiana de Tarragona", *MJSEA*, 104, 1928, p. 128, lám. LXV,4; Zarzalejos, M. *et al.*, *op. cit.* p. 311, nº 14, Fig. 2,14.